



INICIACIÓN

Elisabeth Haich

Luciérnaga

Elisabeth Haich

INICIACIÓN



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Einweihung*

© del texto: Elisabeth Haich

© de la traducción: José Antonio Alemany

© Imagen de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 1991

Décima edición: septiembre de 2011

Undécima edición: mayo de 2018

Primera edición es esta presentación: julio de 2020

© Edicions 62, S.A, 2020

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-26-7

Depósito legal: B. 8.636-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

DESPERTAR

Un dolor me atravesó como un rayo, y un instante después caí al suelo. ¡Peligro! ¡Auxilio! Pero no de este adulto que está a mi lado y ahora quiere examinarme tan asustado. ¡No! ¡Ahora no lo quiero! Lo amo, pero en el peligro me resulta molesto.

Regresé corriendo a la habitación donde estaba sentada la hermosa y extraña mujer a quien acabábamos de dar las buenas noches. Yo sabía que ella me ayudaría con su total comprensión. Por lo demás, a su lado me sentía a gusto, siempre me agradaba respirar su perfume, y cuando estaba cerca de ella me sentía totalmente segura. Ahora, en mi temor, corrí hacia ella en busca de ayuda. Lloriqueando, le mostré mi mano pequeña y rechoncha, que colgaba como un trapo sin vida y ya no quería obedecerme. La hermosa mujer observó mi mano, hizo a un lado el vestido que estaba remendando y gritó:

—¡Robert! ¡Robert! ¡Ven, deprisa!

Se abrió una puerta y entró en la habitación el adulto de quien yo sabía vagamente que vivía con nosotros y de alguna manera nos pertenecía. Por primera vez lo observé atentamente. Era un hombre alto, su rostro parecía de marfil y sus cabellos, barba y bigote eran negros como el ébano; sus ojos eran pardos, brillantes, y lo rodeaba una fuerza invisible tan poderosa que hacía que la gente se mantuviera siempre a una cierta distancia de él. Echó una mirada a mi mano inerte y dijo:

—¡Un médico! ¡Stefi, ve inmediatamente en busca de un médico!

Tío Stefi salió corriendo, y el adulto oscuro, inmenso, nos preguntó qué había pasado. Le contamos que después de dar-

nos Grete y yo las buenas noches, tío Stefi me había cargado sobre su espalda y me había llevado así hasta el dormitorio. Allí tío Stefi dejó que me deslizara de su espalda. Pero resbalé demasiado rápido, y, para que no me cayera, tío Stefi me cogió bruscamente de la mano. En ese mismo instante un agudo dolor me atravesó la muñeca derecha y, cuando quise levantar la mano, ésta cayó sin vida.

—Sí —dijo el gran adulto—, la mano está separada de la muñeca. Está dislocada. Lástima que tenga que salir ahora mismo y no pueda esperar hasta que llegue el médico. Ahora tendré que pasar la noche como si durmiera sobre una cama de agujas. Envíame un telegrama apenas sepas qué puede hacer el médico.

Nos besó a mamá y a mí y se marchó. Observé con asombro a la hermosa y extraña mujer que siempre se había dado a conocer como «madre» y a la que, por lo tanto, nosotras llamábamos mamá.

Hasta ese momento yo había estado berreando con todas mis fuerzas, pues había descubierto, con una mezcla de desilusión y temor, que los adultos no podían ayudarme. No detuvieron el dolor, que me atormentaba cada vez más, y tampoco colocaron mi mano en su lugar. Pero cuando escuché que el oscuro adulto pasaría toda la noche sobre una cama de agujas, mi sorpresa y mi temor hacia él fueron tan grandes que olvidé los berridos y pregunté a mamá:

—¿Por qué tiene que pasar toda la noche sobre una cama de agujas?

Ella me observó desconcertada, después empezó a reír y dijo:

—Porque papá está preocupado a causa de tu mano.

¡Vaya respuesta! No tenía sentido, no explicaba nada. El hombre oscuro, a quien llamábamos «papá», había dicho muy seriamente que pasaría la noche sobre una cama de agujas, y ahora mamá se reía de mí. ¿Por qué? Yo sólo repetía lo que papá había dicho. ¿Qué quería decir que papá estaba «preocupado»? ¿Por qué eso haría que pasase la noche sobre una cama de agujas? ¿Acabaría dándose un fuerte pinchazo? Mamá cosía a menudo, y me había enseñado qué peligrosas son las agujas. ¡Eso duele! Las agujas deben utilizarse sólo para coser. ¡Qué absurdo era, de parte de los adultos, que el hecho de que mi mano derecha colgara con

tanto dolor y tan desamparada que tenía que sostenerla con la izquierda, hiciera que papá tuviera que dormir toda la noche sobre agujas, que deben usarse sólo para coser! Es cierto que ya estaba bastante acostumbrada a que los adultos hicieran y dijeran cosas absurdas, pero esto era demasiado para mí. ¡Yo quería saber más detalles! Pero tío Stefi apareció con el médico y no pude seguir haciendo preguntas sobre ese «dormir sobre agujas».

El médico era un señor elegante y simpático que me miraba de forma familiar, como si me hubiera conocido desde hacía mucho tiempo; me levantó y me sacó de la seguridad de mi refugio, de la proximidad de mamá. Esto me llenó el corazón de un miedo espantoso, y además el movimiento provocó nuevos y terribles dolores, de modo que empecé a berrear de nuevo. El médico me sentó sobre la mesa —veía mis pequeños pies pateando muy cerca, bajo mi pecho—; él me sonreía, y, sacudiendo la cabeza, me dijo:

—¡Caramba, qué fea es esta jovencita cuando llora así!

Me sorprendí. ¿Qué? ¿Dice que soy fea cuando lloro? ¿Cómo lo sabe? Hasta ese momento había pensado que uno podía ver todo, menos *a mí*. Todos los otros seres vivientes, los adultos, la cocinera, Grete, el canario, mis juguetes; en una palabra: *todo* lo que me rodeaba era visible, incluidas mis manos, mi barriga y mis pies, sólo *a mí* era imposible verme. Yo era algo que en alguna forma estaba allí y, sin embargo, no estaba allí, estaba en algún lugar, pero invisible; nunca me había podido ver «*a mí*» misma, y no podía imaginar cómo podía ser posible ver ese algo, el «*Yo*». ¿Cómo podía ser posible que ese adulto viera mi desesperación, mi dolor, mi llanto, es decir: me viera «*a mí*»? ¡Ay! Si él me veía, si veía mi terrible y temeroso estado, en efecto debía ser «fea». En mi sorpresa dejé de llorar y observé al médico, intentando escudriñar en él.

Entonces todos los adultos se echaron a reír, y mamá dijo:

—¡Dios mío, qué vanidosa es esta niña! Hasta reprime el dolor para no verse fea.

Era otra de las habituales observaciones absurdas de los adultos. «Vanidosa!» ¿Qué es eso? ¿Cómo podía ser vanidosa si ni siquiera sabía lo que era eso, y cómo podía «verme» si hasta ese momento no había sabido que yo era visible? Hasta entonces había

vivido creyendo que yo era la vidente, la observadora: yo soy la que todo lo ve, pero de alguna manera yo me encuentro fuera de lo visible. Todo esto daba vueltas en mi cabeza, y quería hacer más preguntas, pero el médico cogió la mano que me colgaba, tiró de ella y me causó un dolor insoportable. Quise gritar: ¡ay, el muy tonto me la va a arrancar por completo! Pero entonces dobló otra vez aquella manecita —que debía de estar muy unida a mí, pues «me» dolía terriblemente—, y de pronto ésta estuvo de nuevo en el lugar correcto...

—Bien —dijo el médico—, la muñeca se hinchará un poco más, así que por esta noche dejemos la mano quieta sobre un cojín y en poco tiempo habremos olvidado todo este asunto.

Después los adultos siguieron charlando sobre lo vanidosa que era, que por pura vanidad no había gritado ni siquiera mientras el médico volvía a encajar la mano en su sitio. Mamá era la más impresionada, lo cual me ponía muy triste. Me di cuenta de que esa mujer hermosa y extraña a la que yo tanto amaba no me comprendía. Si bien el médico podía verme, *para mamá continuaba invisible*. No obstante, ella irradiaba mucho amor y cuando, más tarde, estuve acostada en mi cama, me sentía feliz de que su rostro bello y delicado se inclinara sobre mí con frecuencia y me sonriera, alentador. Irradiaba bondad y calor, y cuando estaba cerca de ella nunca me sentía abandonada y sola. Sabía que podía contar con ella; hasta cierto punto, estaba en mi poder y yo confiaba plenamente en su persona. Lentamente me quedé dormida, la noche pasó, y mi mano volvió a ser el instrumento obediente, el amigo fiel que en vida posterior tantas —¡tantas!— alegrías me ha traído, ayudándome a despertar de mi inconsciencia. El médico no había estado en lo cierto: nunca he olvidado aquel asunto, pues la ley de asociación lo ha ligado para siempre a mi primera toma de conciencia, a mi despertar en esta vida. A partir de entonces mi conciencia —mi memoria— estuvo siempre despierta. A partir de entonces observé todo, tanto hacia el exterior como hacia mi interior, con gran atención, en perenne estado de concentración. A partir de entonces supe que vivía en un hogar cuyo amo indiscutible era aquel adulto oscuro y poderoso; mamá lo llamaba Robert, nosotras debíamos llamarlo papá. Toda la casa giraba alrededor de él; mamá le pertenecía en cuerpo y alma. Su

poder se extendía sobre todos nosotros —y más tarde también sobre muchos miles de hombres— como una tienda de campaña, como una cubierta protectora. Todas las gentes que se hallaban bajo la esfera de poder de papá disfrutaban de ayuda, seguridad y bienestar. Por las mañanas él salía de casa, y yo podía estar con mi madre. Podía ir con ella por toda la casa, incluso por la cocina y, cuando ella estaba trabajando en un gran mantel que bordaba con hilos de colores, yo podía sentarme a su lado y bordar con los hilos de colores diferentes figuras, a mi gusto, en una de las esquinas del gran mantel. Hacia el mediodía papá llegaba a casa, y después de la comida, Grete y yo teníamos que ir al cuarto de los niños, lo que no me gustaba nada. Grete también era una niña de la casa, como yo, sólo que —según oí— ella era tres años mayor que yo. El día en que me disloqué la muñeca ella tenía cuatro años y medio y yo un año y medio.

El verano siguiente pasamos las vacaciones en un pueblo a la orilla de un gran lago. Vivíamos en una pequeña casita de campo rodeada por un gran patio y un jardín. Allí Grete y yo podíamos correr descalzas y acompañar a una mujer de rostro moreno y arrugado al establo, donde había una vaca, una ternera y muchísimos conejos de ojos rojos. Todo era fascinante. En el jardín había enormes flores amarillas, altas como un árbol, que giraban de manera que siempre estaban de cara al Sol. También aquello me gustaba. Papá sólo venía de cuando en cuando y entonces se decía: «Hoy es domingo». Los otros días estábamos solas con mamá, y podía pasarme todo el día con ella. Todos los días íbamos al lago, nos metíamos al agua y chapoteábamos divertidas.

Un día mamá volvió a decir: «Mañana es domingo, debemos estar contentas porque viene papá». A mí eso no me parecía motivo de alegría, pues papá me interesaba muy poco y ya sabía que, cuando papá venía, mamá pasaba todo el día ocupada con él. Yo tenía que salir a pasear con Sophie, la hija mayor de la arrugada campesina, y con Grete.

Por la tarde, cuando esperábamos a papá, oí que la gente del vecindario decía a mamá que «el tren había descarrilado» y que, por lo tanto, papá aún no había llegado. Mamá se asustó muchísimo. Llamó a Sophie, me dejó a su cuidado, le pidió que me prestara atención y que no me dejara sola ni un minuto; luego salió

corriendo hacia la estación. Grete podía ir con ella, pues Grete «era tres años mayor» y corría mejor que yo. Me quedé sola con Sophie.

Ya había oscurecido. Era la primera vez que se me permitía estar despierta, y en el jardín, a esa hora del día. Era fascinante, pero un sentimiento de inseguridad se apoderó de mí, pues estaba acostumbrada a ver todo a la luz del día, y ahora de pronto todo era tan indefinido... Las flores, los árboles: más que verlos los intuíamos. Los álamos susurraban de manera muy extraña. Pero no tuve tiempo para seguir observando, pues, de repente, ocurrió algo terrible: Sophie me cogió del brazo y me llevó hasta la verja, y una figura espantosa apareció en la oscuridad! Parecía un hombre, pero tenía un horrible penacho sobre la cabeza. En la oscuridad, sus ojos brillaban como brasas y también los botones de su chaqueta eran brillantes; sobre la espalda llevaba algo que me hacía presentir un gran peligro oculto. Más tarde oí el nombre «escopeta». Esta criatura inquietante me parecía repulsiva, y esperaba que Sophie saliera corriendo conmigo. Qué sorpresa me llevé cuando vi que Sophie hacía algo totalmente absurdo, aunque yo ya estaba acostumbrada a esos sinsentidos. En lugar de salir corriendo, se acercó aún más a la verja y permitió que esa espantosa criatura le susurrara algo al oído con una voz pavorosa y profunda; después él la rodeó con sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Pero Sophie me tenía en brazos, así que yo también quedé apretada contra aquel ser, y aquello no era agradable, era repugnante. ¡Y él aún no tenía bastante! Tenía un gigantesco bigote cuyas dos «ramas» salían de su rostro como puntiagudos cuernos, y ahora se apretaba aún más contra Sophie y hacía como si quisiera morderla. Esperé que este comportamiento hiciera que Sophie por fin echara a correr; pero no, ella rodeó el cuello de la espantosa criatura con su brazo libre y cuando él la quería morder —o devorar—, ella no quitaba la cara, sino que acercaba la boca y ambos hacían como si cada uno quisiera comerse la boca del otro. Yo estaba tan apretada entre sus cuerpos que apenas si podía respirar. Luché con todas mis fuerzas para mantenerme tan alejada de aquella espantosa figura como pudiera, e intenté liberar mi nariz. La proximidad de aquella criatura me resultaba desagradable hasta lo indecible,apestaba a todo; lo más asque-

roso de él era un cierto olor amargo que me atormentaba. Ellos no se preocupaban por mí en lo más mínimo, apretaban mi cabeza de tal modo que podía oír los latidos del corazón del hombre y hacían como si cada uno quisiera introducirse en la boca del otro. ¡Ah! ¡Estos adultos con sus aspavientos! Yo, presionada entre ambos, los observaba y no podía reconocer a la amable y discreta Sophie. Ahora ella era un ser extraño que no escuchaba mis gemidos. Hasta que de repente la espantosa criatura nos dejó libres y desapareció en la oscuridad. Un instante después escuché las voces tranquilizadoras de mamá y papá, que pronto aparecieron en la oscuridad, con rostros risueños y felices. Toda la gente del vecindario salió corriendo e interrogaron a papá sobre el descarrilamiento del tren. Sophie actuaba como si nada hubiera sucedido, y no contó nada sobre cómo una criatura espantosa la había apretado contra su cuerpo. Se quedó allí, de pie, con una expresión de inocencia y ternura en el rostro. Aquello fue para mí una gran sorpresa, pero no entré en cavilaciones, pues papá nos había traído bombones de la ciudad y me interesaba sobremanera saber si recibiría lo mismo que Grete. Quedé satisfecha; nos había traído exactamente los mismos bombones a las dos. Como de costumbre, mamá echó a perder mi alegría, pues cuando quise meterme todos los bombones a la boca al mismo tiempo, me los arrebató, me dio sólo uno y prometió que me daría uno cada día, después de la comida. ¡Ah! ¡Cuando sea mayor me meteré en la boca al mismo tiempo tantos bombones como me apetezca! Pero ahora tenía que ir a dormir. Cuando mamá me acostó le pregunté, antes de la oración, pues después no me permitía hablar:

—Mamá, ¿qué es una cosa que tiene un penacho sobre la cabeza, un objeto muy extraño a la espalda y botones que brillan en la oscuridad... y que huele muy mal?

Mamá me miró sorprendida y dijo:

—Ésos son los gendarmes.

—Mamá —pregunté de nuevo—, ¿los gendarmes se comen a la gente? —Yo quería saber si ese gendarme realmente había querido comerse a Sophie, pues, *de no ser así*, ¿qué otra cosa podía haber querido?

—No, no —respondió mamá con aire risueño—, cuidan a las personas buenas; no tengas miedo, no te comerán.

Quise decirle que no me quería comer a mí, sino a Sophie, pero mamá me dio un beso, me tapó con la manta y dijo:

—Ahora duermes, tengo que ir con papá.

Me quedé a solas con mis pensamientos, y seguí pensando durante un largo rato. Para mí era tan incomprensible lo que el gendarme podía haber querido de Sophie... ¿Y por qué Sophie se dejaba apretar tanto que yo tenía que soportar la desagradable proximidad del gendarme? ¿Qué sentido tenía todo eso?... Ese asunto, como todo lo que no podía entender, me había intranquilizado; sin embargo, me quedé dormida. Al día siguiente salió un sol espléndido, y, una vez que hube recibido mi bombón, fuimos todos al gran lago para bañarnos y chapotear. En el camino nos topamos con el gendarme. A la luz del día pude ver que se trataba de un adulto simpático que hablaba amigablemente con papá. Sólo que no podía comprender por qué me trataba como si fuera la primera vez en su vida que me veía; ¡él tenía que saber lo que había ocurrido el día anterior! Pero aún me asustaba su gigantesco bigote y no me atreví a preguntar...

De ese verano también procede un recuerdo que se grabó profundamente en mi memoria. Una tarde —papá estaba con nosotros, y los campesinos se habían puesto bonitos trajes y estaban sentados a la puerta de sus casas, así que debió de ser un domingo— escuchamos un tañer de campanas. Pero las campanas no sonaban como de costumbre, sino como si cojearan y no quisieran dejar de sonar... Sonaban y sonaban... Esto sacó a todo el pueblo de su tranquilidad dominguera. Todo el pueblo pasó corriendo ante nuestra casa, todos en la misma dirección. Papá y el hijo de la señora arrugada también echaron a correr; todos iban armados con cubos y hachas. Mamá y algunas mujeres se quedaron con nosotras, y las mujeres no cesaban de repetir estas palabras: «Dios del ciclo, no nos abandones; Dios del cielo, no nos abandones». También mamá estaba muy seria y nos dijo:

—Debemos rezar juntas para que papá regrese a salvo.

Pregunté adónde había ido papá y por qué. Mamá dijo que se había declarado un incendio y que papá ayudaba a sofocarlo. Reizamos, pero sentía una gran curiosidad por saber qué significaba «fuego en el pueblo». Una mujer dijo que desde un extremo de nuestro jardín podían verse las «lenguas de fuego». Quise ir, pero

mamá no me dejó. Grete sí pudo ir a ver las llamas, acompañada del hijo del propietario de la tienda de ultramarinos ubicada al otro lado de la calle; eso me enfadó mucho. ¿Por qué a ella siempre le permitían hacer todas esas cosas que a mí no me permitían? ¿Sólo porque ella tenía tres años más? Si el fuego era peligroso, era igual de peligroso para ella que para mí, ¡aunque ella fuera «tres años mayor»! ¡Oh, esos tres años! Qué a menudo tuve que escuchar esa frase, ¡cada vez que no me dejaban hacer algo que a ella sí le permitían, o cuando yo no quería reconocer y soportar su dominio sobre mí!

Al atardecer empezaron a regresar algunos hombres, luego otros más, todos agotados, hablando de cómo papá había salvado varias casas, de cómo, despreciando la muerte, había entrado en las casas incendiadas para salvar niños o animales; de cómo él había sido el infatigable director de los trabajos de extinción y de cómo todos lo habían obedecido. Con sus geniales ideas y su inquebrantable valor había estimulado a los demás, de modo que todos habían actuado de forma extraordinaria, hasta que finalmente dominaron el fuego.

Mamá prestaba atención a todo ello, radiante de felicidad, y cuando papá y el hijo de la mujer arrugada regresaron por fin a casa, mamá se echó en sus brazos:

—¡Oh, mi querido Robert, qué grande eres, qué grande eres en todo!

Papá sonreía en silencio; estaba cubierto de hollín y corrió a lavarse.

A mí me parecía normal que papá fuera tan extraordinario. Para mí el concepto de «papá» significaba lo mismo que el de «Gran Señor» que está por encima de todos los hombres y puede hacer todo lo que quiere. Su palabra es ley y se sobreentiende que es perfecto. ¡De lo contrario no sería el «Gran Señor»! Hasta entonces papá me había interesado muy poco, para mí sólo había representado un firme sentimiento de seguridad. Papá no constituía un problema, de modo que no me ocupaba mucho de él. Únicamente cuando toda la familia —papá, mamá, Grete y yo— salíamos a pasear y él me cogía con su poderosa mano y me ayudaba a cruzar la calle, únicamente entonces, notaba que de su mano emanaba una enorme fuerza y que sus uñas siempre estaban lim-

pias como la nieve. Así, también me parecía normal que papá quisiera lavarse en seguida.

Pasó el verano y volvimos a casa. Cierta vez me llamó la atención que mamá, cuando me arreglaba para salir a pasear, me pusiera una gorra de piel y un abrigo muy grueso. El viento era tal que parecía querer morderme la mano. Alguien me dijo que eso era el «frío». Mi nariz y mis pies no lo pasaban bien. Pero del cielo caían copos blancos y en todas las tiendas había Papás Noél vestidos de rojo, con largas barbas blancas. Y después volvió la época en que mamá me ponía un sombrerito de paja y abrigo ligero; había flores por todas partes y en el bosquecillo de la ciudad podíamos jugar con pelotas y aros.

Por aquel entonces habría podido ser completamente feliz si mamá no me hubiera amargado la vida algunas veces cortándome las uñas. Me moría de miedo cuando intuía que aquel día se acercaba. La piel debajo de mis uñas era tan sensible que después de que mamá me las cortaba, cualquier contacto, hasta el del aire, me causaba tales tormentos que corría llorando a mi habitación, con las manos extendidas, y no permitía que nada me rozara. No habría podido decir que me dolía. No, no se trataba de dolor, sino de un sentimiento insoportable. La primera vez que mamá lo advirtió, no supo qué me pasaba. Ella pensaba que tal vez me había cortado la piel sin darse cuenta y quería examinar mis dedos. Pero, cada vez que ella me tocaba, yo gritaba; mamá se asustó y preguntó al médico de cabecera qué me podía pasar. Él le explicó que, en general, mis nervios eran un raro ejemplo de hipersensibilidad. Aconsejó a mi madre que después de cortarme las uñas sumergiera mis manos en agua tibia y me dejara chapotear en ella un rato. En efecto, esto me ayudó algo, pero aún tendrían que pasar muchos años hasta que mi piel se fortaleciera y pudiera cortarme las uñas sin tener que pasar por ese insoportable tormento.

¡Mi querida y tierna madre! Con qué amorosa comprensión intentaste vencer todas las dificultades que me causaba aquella hipersensibilidad. Si no hubieras envuelto mis sensibles nervios con tu tierno amor, habría muerto siendo aún una niña. Sólo gracias a tu ayuda pude crecer saludable y fui capaz de desarrollar, lenta y conscientemente, mi capacidad de resistencia. El dulce nido que tú, generoso padre, y tú, abnegada madre, supisteis

crear para nosotras, me dio la oportunidad de llegar a ser una persona capaz. Me habéis ayudado a desarrollar fuerzas conscientes que mantienen mi sensibilidad en equilibrio. En aquel entonces era una niña y no tenía idea de mi sensibilidad. Yo observaba todo y quería saberlo todo, pero cuando se trataba de mi salud hacía todo lo que vosotros me aconsejabais. ¡Confiaba plenamente en vosotros!